

## CAPITULO L.

## Continuacion del anterior.



RES años de matrimonio llevaban doña Luz Armengol y don Mendo de Garay, y ni la más pequeña disension, el más leve disgusto habia turbado la apacible tranquilidad que reinaba en la morada de los cónyuges.

Una nube, sin embargo, oscurecia su frente.

El cielo no les habia concedido sucesion.

Para dos esposos que se aman entrañablemente, que cuentan con inmensas riquezas, que recuerdan las palabras del sacerdote al bendecir su union, que adivinan los goces supremos, emanacion divina del Creador; goces, repetimos, que experimentarían al contemplar el fruto de su cariño, si el cielo no les concede esta dicha sufre en silencio, y cuando el tiempo ha empezado á convertir el amor-pasion en amor-sentimiento arrostran con melancólica resignacion la vida, como el viajero que despues de caminar dias y dias, y cuando cree hallarse próximo al término de su viaje, ve con pena que el terreno recorrido no le acerca ni con mucho al sitio donde se proponia llegar, decaen sus fuerzas y casi desespera de realizar su objeto.

En esta situacion se hallaban don Mendo y doña Luz, cuando una mañana, despues de oír misa, como tenian de costumbre todos los dias, y de pedir á Dios que oyese sus oraciones, dijo doña Luz á su esposo:

—Mendo, compañero querido, no quisiera engañarme, pero

creo que la Providencia santísima ha oído nuestros ruegos, que se ha apiadado de nosotros, que tal vez la alegría brille de nuevo en esta casa; pero con más esplendor, con más fuerza que ántes.

—¿Qué dices, bien mio? preguntó don Mendo, adivinando lo que querian indicar las palabras de su esposa, pero no atreviéndose á dar crédito á tanta ventura.

Doña Luz, con esa alegría suprema que siente la mujer que va á ser madre, con ese rubor pintado en el semblante enrojecido por la revelacion que iba á hacer, con esa grandeza sublime que se apodera del alma de la esposa que siente en sus entrañas un nuevo sér, le dijo:

—Sí, Mendo mio, sí; desde hace algunos dias noto en mí sér un cambio, que parece he pasado á otra vida llena de dulzura; en sueños, aconsejada sin duda por la esperanza, veia, adivinaba, que se acercaba este instante. La imaginacion me presentaba á todas horas un hermoso niño, acariciándome con sus manecitas, fijando en mí sus ojos infantiles, y yo te veia á nuestro lado extasiado, observando sus menores movimientos y haciéndome á mí en aquellos instantes la más venturosa de las mujeres.

Pues bien, dueño mio; yo creo que ese sueño se realizará pronto, y he dicho en mis oraciones á la Virgen Madre de Dios que le ofreceré al hijo de mi corazón, para que si le cree digno le admita en su seno y le inspire el amor que yo siento hácia la Madre del Redentor del mundo.

Don Mendo escuchaba con religioso silencio á su esposa. La revelacion que acababa de hacerle llenaba todo su sér.

Aquellos, de nuestros lectores que no hayan tenido hijos no podrán comprender la emocion que experimentaba en aquellos momentos.

El amor paternal es un sentimiento que absorbe toda la vida.

El que le experimenta siente al mismo tiempo que una dicha inexplicable el temer de si se malograrán sus ensueños.

La imaginacion le presenta con vivos colores, al par que las

venturas que las venturas que le aguardan, los temores, los peligros, los sobresaltos que ocasionan esas mil crisis que tiene que atravesar el niño hasta llegar á la pubertad.

Ese cariño innato del padre hácia su hijo, le hace creer en algunos momentos que llegará á ese período, y entónces se preocupa de nuevo al pensar en su porvenir.

Solo así se explica que despues de oír la confesion de doña Luz quedase un instante pensativo, hasta que reposando la dicha que inundaba su alma, vertiendo lágrimas de ternura:

—¡Bendita seas, Luz mia, que tan feliz me haces! exclamó, imprimiendo un cariñoso ósculo en la frente de su esposa.

Esta, separándose con alegría infantil de su esposo, se dirigió á su habitación, pasando horas y horas en esos mil proyectos que forman las madres respecto al fruto de su cariño.

Ocho meses habían pasado desde la conversacion á que han asistido nuestros lectores, cuando se agolpan á la puerta de la casa de don Mendo los vecinos del pueblo y se oían exclamaciones como las siguientes:

—¡Dios le bendiga! ¡Jesus qué niño tan hermoso!

—¡Vamos, si parece que ya está medio criado!

—No, y lo que es sus padres bien le merecen. Don Mendo es sin duda la Providencia del pueblo.

—Bien decia el señor cura, que Dios oíría sus súplicas.

—La señora está llena de alegría, y ha ofrecido para el día que salga á misa dar una comida á los pobres y regalar sayas de estameña á doce niñas huérfanas.

—¡Bien hayan los que en la tierra emplean sus riquezas en el alivio de sus semejantes!

A estas exclamaciones que indicaban la parte de ventura que todos tomaban en la de sus bienhechores, sucedió un murmullo que demostraba los pocas simpatías que inspiraba un nuevo personaje que se acercaba á la casa.

—¡La gitana! dijercn todos.

Y santiguándose y pronunciando mil veces la palabra ¡Jesus! se alejaron, en tanto que aquella penetraba en la casa del recién nacido.

Habia en el pueblo la creencia de que Clavellina, que así se llamaba la gitana, era bruja, que hacia mal de ojo á los niños, y que ni los auxilios de la ciencia, ni las oraciones de los sacerdotes, podían conjurar los perniciosos efectos que sus malignos agüeros producian en aquellos recién nacidos en quienes se fijaba.

La tradicion se conservaba de padres á hijos, y aseguraban que los antecesores de la familia de Clavellina ocupaban unas cuevas á la entrada del pueblo, desde las cuales asestaban sus hechizos, especialmente sobre los niños de las familias opulentas.

Aseguraban tambien que solo la gitana que hacia mal de ojo era la que podia destruir sus perniciosos efectos, y esta era la razon de que cuando llegaba un caso de estos la agasajaban, la colmaban de regalos y no daban parte al Santo Oficio, proponiéndose por el contrario, captarse sus simpatías para que ella atajase los progresos de los males que ocasionaban.

La gitana, como hemos dicho, penetró en la estancia, y saludando con esa zalamería propia de las de su raza á don Mendo, le indicó su deseo de ver al niño.

El esposo de Doña Luz, que en cien combates no habia vuelto la espalda al enemigo, tembló y no se atrevió á oponerse á los deseos de Clavellina.

Al levantar las colgaduras que guardaban la habitación en donde se hallaban madre é hijo, una satánica sonrisa brilló en los labios de la gitana.

Doña Luz instintivamente estrechó á su hijo en sus brazos, y al ver á la gitana un sudor frio se extendió por todo su cuerpo, perdiendo á poco tiempo el sentido.

Quería hacer la cruz, y sus manos crispadas le impedían realizarlo.

Como era natural, al volver en sí su primer pensamiento fué su hijo, y al contemplarle dejó escapar un grito desgarrador.

El pobre niño parecía un cadáver.

De cuando en cuando profería lastimeros quejidos, y con sus manecitas parecía querer apartar de su lado algo que le mortificaba.

Unas veces se ponía tan encendido que parecía iba á darle una congestion.

Otras, por el contrario, quedaba densamente pálido, y hasta se notaba rigidez en sus facciones.

Don Mendo habia acudido á los gritos de su esposa, y un pensamiento siniestro se apoderó de su mente al contemplar el estado lamentable en que se hallaba Francisco.

Para él no habia duda: la gitana habia embrujado á su hijo.

Su cariño paternal le aconsejaba buscar á la gitana y hundir un puñal en su pecho.

Pero su conciencia de caballero y de cristiano le prohibian teñir sus manos con la sangre de una miserable.

Abatido, anonadado por el dolor, y no queriendo que su esposa se apercibiese de él, abandonó la estancia, no sin tranquilizar á doña Luz, aunque su semblante desmentia lo que decian sus labios.

Ardiendo en ira, frenético, fuera de sí, se disponia á salir de su casa para castigar á la bruja causa de sus desventuras, cuando se presentó don Félix Rodrigañez, uno de sus vecinos, el cual, despues de la relacion que le hizo don Mendo:

—Tranquilizaos, exclamó: yo os aseguro que dentro de una hora, ó poco he de poder, ó vuestro hijo estará salvado.

«Conozco las tretas de Clavellina, tiene algunas cuentas pendientes con mi hermano don Baltasar, el inquisidor de esta diócesis, y si no está mal con su pellejo destruirá la farsa que tan mal rato os ha dado.

«Esa embaucadora está explotando la credulidad de todos, y es preciso que esto acabe.

«Acudid á consolar á vuestra esposa, y aseguradla que pronto estará el niño completamente bueno.

«Entre tanto, yo voy á buscar á la gitana, y no lo dudeis, dejándome á mí obrar, no volverá á ejercer sus malas artes en esta comarca.»

Y sin darle tiempo á que contestara, se dirigió Rodrigañez á casa de Clavellina, dejando á don Mendo en un mar de dudas, á pesar de las seguridades que le habia dado respecto al restablecimiento de Francisco, porque el valiente capitan de los tercios de Flandes participaba de las preocupaciones de su época.

¿Cómo, dirán nuestros lectores, no participaba tambien de ellas don Félix Rodrigañez?

Van á saberlo en el capítulo siguiente.

## CAPITULO LI.

Don Félix Rodrigañez.



ERA el señor Rodrigañez uno de esos hombres que se encuentran en todas las aldeas, que se sabe no han heredado bienes de sus padres ni dedicándose á ninguna industria, y que sin embargo, sin haber entablado relaciones con la justicia, han conseguido reunir en pocos años una buena fortuna.

Dicho se está con esto que los que tal consiguen deben echar á un lado toda clase de preocupaciones, y natural es que estando tan materializados, no den cabida en su pecho á supersticiones ni brujerías.

Don Félix, en la época en que le presentamos á nuestros lectores, podría tener unos cuarenta años.

Era soltero, no se le conocia más parientes que un hermano, que vivia en una suntuosa casa, sobre cuya puerta habia un magnífico escudo de armas, indicando la nobleza del que la habitaba.

Achaque ha sido en todos tiempos blasonar de nobleza los que habiendo nacido en humilde cuna, logran por cualquier medio adquirir riquezas.

En su loco desvarío, olvidan los que tal hacen que la verdadera nobleza se revela en las acciones del hombre, y que todos los timbres, todos los blasones, no son más que un efímero barniz que oculta la corteza de las almas vulgares.

Los maliciosos aseguraban que la fortuna de don Félix debía

su origen á haber estado encargado de la curantela de unos menores en una de las provincias de Andalucía; pero lo cierto es que al pasar á su lado todos se descubrian respetuosamente, no se sabe si por sus riquezas ó por el parentesco que tenia con un inquisidor.

De cualquier modo, Rodrigañez era una potencia; los pobres le temian y los ricos buscaban su amistad.

Poco más de dos años hacia que vivia en el pueblo, y las personas principales se creian muy honradas con que admitiese sus obsequios.

Entre los que más le distinguian se encontraba don Pedro de Cevallos y Septien, señor feudal de cuatro pueblos emparentado con lo más notable de la corte.

Don Pedro habia tenido la desgracia de que al dar á luz su esposa á una linda niña, llamada Laura, sucumbiese, y el anciano formuló el proyecto para el dia que su vida se extinguiese, de nombrar tutor de su heredera al señor don Félix Rodrigañez.

Fiado en su prestigio, el ilustre don Pedro trató un dia de mediar en una diferencia entre dos pecheros, se puso de parte del que él creia tenia razon en su demanda, y ardiendo en ira el contrario, le asestó un golpe que le dejó mortal.

La justicia se incautó de todos sus papeles, y acatando la voluntad del finado, tomó posesion de la curantela su amigo Rodrigañez.

Laura, que apenas contaba un año quedó al cuidado de su tutor, que en honor de la verdad, la queria como si fuera hija suya.

Tal era el personaje que tan oportunamente llegó á casa de don Mendo, y que no tardó en volver acompañado de Clavellina.

No sabemos qué es lo que la daría por el camino.

Lo cierto es que en el momento de presentarse donde descansaban madre é hijo, pidió Clavellina la dejasen un instante á solas con ellos, y sacando de un pomo con la punta de una

espina de erizo una bolita negruzca del tamaño de un garbanzo, después de calentarla un momento frotó la frente del niño, y con las mismas precauciones guardó lo que sobró en el pomito.

Terminada esta operación, pronunció algunas palabras ininteligibles para Luz, y un momento después abandonó la habitación.

La gitana, después de saludar humildemente á don Félix, se disponía á dirigirse á su guarida, cuando éste la dijo:

—Calma, Clavellina, no te des tanta prisa. Mientras el niño no esté completamente restablecido estarás en mi poder. Hace tiempo que deseaba encontrarte, y ya puedes suponer que cuando se me presenta esta ocasión no he de dejarle escapar.

Pronunció estas palabras con una aparente bondad don Félix, que heló la sangre en las venas de la gitana.

—Yo, señor, creía....

—Creáis mal, dijo secamente Rodrigañez, al mismo tiempo que dos de sus siervos, que aguardaban en el zaguan, penetraban provistos de cuerdas y amarraban fuertemente á la gitana.

Como se ve, Rodrigañez era hombre que no se dormía sobre las pajas, porque todo indicaba que había tomado ya las disposiciones necesarias para conseguir el objeto que deseaba.

Don Mendo presenciaba atónito aquella escena, y la parecía un hombre sobrenatural el que de tal manera desafiaba la ira de la gitana.

De su abstracción vinieron á sacarles las voces de su esposa, que decía:

—Ven, Mendo; ven, esposo mio: Francisco está ya bueno.

Don Mendo acudió seguido de don Félix, y vieron la favorable crisis que se había operado en el niño.

A su respiración angustiosa, entrecortada, penosa, había sucedido una respiración tranquila, acompasada, dulce.

A la impaciencia que se notaba en todo su sér, había reemplazado esa tranquilidad angelical que ofrecen los niños cuando están dormidos.

Un color sonrosado cubría sus mejillas, y en la expresión de su fisonomía se notaba que disfrutaba de una completa salud.

Don Mendo, siempre bajo la presión del recuerdo de la gitana, y como si temiese que ésta podría deshacer su obra, dirigiendo una mirada á Luz y pidiéndole en ella que le apoyase en lo que iba á suplicar á don Félix, le dijo:

—Creo, mi buen amigo, que Clavellina no sufrirá ningún perjuicio por nuestra causa. Antes, por el contrario, desearíamos enviarla algunos ducados, ya que tan solícita se ha mostrado en la curación de nuestro hijo.

—No es eso lo pactado, repuso don Félix Rodrigañez. Hemos convenido en que yo obraría con amplias facultades en este asunto, y á decir verdad, yo había pensado ya en la recompensa que merecía esa bruja.

—De todos modos, os suplicamos, por la amistad con que nos honrais, dijo doña Luz, que mandeis poner en libertad á Clavellina. Creedlo; mientras no hagais eso, no habrá tranquilidad para esta pobre madre.

Don Félix no podía negarse á las súplicas de los dos esposos, y despidiéndose de ellos, se dirigió á su casa, mandando poner en libertad á la gitana, no sin hacerle algunas advertencias que la hicieron temblar.

Francisco no tuvo desde entonces el más ligero padecimiento, y llegó á los once años con toda felicidad, siendo el embeleso de sus padres por la disposición que revelaba para el estudio y por las buenas prendas morales que le adornaban.